

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón

Milán, 19 de diciembre de 2018

Texto de referencia: L. Giussani, Por qué la Iglesia, Encuentro, Madrid 2014, pp. 291 a 302.

- *Haja o que houver*
- *Da front de me anime*

Gloria

Buenas noches a todos. Abordamos el capítulo de la Escuela de comunidad «Por el fruto se conoce el árbol», que comienza reclamándonos al tema inicial de *Por qué la Iglesia*, porque los frutos de la vida cristiana nacen precisamente de la Iglesia. Pero, ¿qué es la Iglesia? «La Iglesia es una vida», y por consiguiente «es necesario implicarse en ella para poderla juzgar» (p. 291). Podrá esperar los frutos solo aquel que se implique con la vida de la Iglesia, que conviva con la Iglesia, allí donde esta se viva de forma auténtica. No cualquier sitio, no cualquier modo de participar en la Iglesia produce automáticamente los frutos; nada es mecánico en la vida humana, nos lo recuerda don Giussani constantemente. Por ello, la primera condición es que uno participe en un lugar en donde pueda vivir una experiencia cristiana verdadera; esta es la condición. Y se verá si la Iglesia es vivida verdaderamente en todas sus expresiones por la capacidad que tiene de producir frutos, porque «por el fruto se conoce el árbol». Sobre esto no hay discusión: por el fruto se ve que el árbol es bueno, se ve si participamos en un lugar verdadero. Si nos implicamos con la vida de la Iglesia, en un momento dado nos sorprendemos viendo en nosotros algo nuevo, porque los frutos son los síntomas de la eficacia de esta vida que se comunica, son el signo de que la Iglesia es el lugar en donde actúa el Misterio. Es lo que estamos tratando de comprender a lo largo del trabajo sobre el libro: si la Iglesia es la prolongación de Cristo, yo tengo que poder tener una experiencia tan real, tan verdadera que me lleve a decidir adherirme a Cristo.

En el *Credo* se define a la Iglesia con estas características: una, santa, católica y apostólica. Estos son los frutos que describen su eficacia. Hoy abordamos el tema de la unidad, que es «la primera característica que tiene lo vivo» (p. 292). Es lo que Jesús deseaba comunicar, una unidad sorprendente, como la que Él vive con el Padre, hasta el punto de que de esta unidad, cuando se comunica, se podrá reconocer que Cristo ha cumplido el designio del Padre: «Como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que todos sean uno, para que el mundo crea que tú me has enviado» (cf. Jn 17,21). Muchas veces nos quedamos en este nivel de unidad, la unidad entre nosotros, pero para poder vivir esta unidad entre nosotros es preciso sorprender antes una unidad en nosotros mismos, en nuestra vida, una unidad que responde a una exigencia nuestra. Uno podría preguntarse: ¿por qué es tan decisiva esta unidad? ¿Por qué es la unidad un fruto de la eficacia de Cristo? Basta con que pensemos cuándo estamos viviendo la realidad de forma integral, y cuando, en cambio, la vivimos a trozos, y solo deseamos huir de una circunstancia porque nos ahoga. El deseo que todos tenemos es ser nosotros mismos, coincidir con lo

que somos, con lo que vivimos, con el momento que estamos atravesando. Por ello, esta noche queremos verificar si hemos sorprendido en nosotros esta exigencia de unidad partiendo de lo que vivimos y cómo lo hemos hecho.

El sábado 24 de noviembre fui por la mañana a la Jornada de recogida de alimentos en un pequeño supermercado, junto a cinco amigas de mi grupo de Escuela de comunidad. Era el primer turno, y con confianza en el corazón preparamos todo lo que hacía falta, colocando las cajas grandes en las que se recogían los alimentos, el registro online de los alimentos, etc., y con la normalidad organizativa que caracteriza a cinco madres experimentadas, comenzamos el gesto. Fue la evidencia de una unidad entre nosotras, de una unidad con el gesto de la Jornada de recogida y de un deseo de plenitud que desde hace tiempo pido poder encontrar en la vida cotidiana: en la relación con mi marido y con mis hijos, en el trabajo, en el hecho de hacer las camas, de planchar y de ordenar la casa. Durante todo el día se produjeron encuentros inesperados, que me mostraron claramente la evidencia de la presencia del Señor. Hacia las 10 llegó un padre joven con un grupo de chavales de una parroquia cercana, y un sacerdote joven que les acompañaba, y empezó a organizar de forma muy eficaz el pesaje de las cajas. Un espectáculo frente al cual observamos juntas lo que hacía el Señor para nosotras. A mediodía llegaron ocho chicas de secundaria, que vinieron quizá porque yo soy su profesora y las había invitado. También en esta segunda ocasión, ayudada por una amiga que tenía al lado, dejé que el Señor actuase a través de ellas, las dejé hacer. Fue una ocasión de verdadero encuentro con aquellas chicas y con los tipos humanos más variados que entraban en el supermercado. Junto a mis amigas, con la misma disponibilidad, nos adherimos también al gesto que AVSI proponía en nuestra zona. La pregunta que tengo ahora en el corazón es: ¿qué es lo que ayuda a llevar el mismo deseo de plenitud a la vida cotidiana, con todos sus aspectos, bonitos o feos, costosos o no, pero en cualquier caso donados? ¿Se trata de un camino de la mirada, y por tanto del juicio? ¿Se trata de seguir? ¿Se trata de pedir? ¿Se trata de ser fieles al trabajo de la Escuela de comunidad? ¿Puede todo esto contribuir a encaminarnos hacia la pobreza de espíritu?

¿Lo veis? Participando en un gesto – como tú dices–, enseguida se hace evidente una unidad entre vosotras. Al ver cómo se ha desarrollado la jornada, ha surgido en ti el deseo de que se volviese cotidiano lo que habías vivido durante la Jornada de recogida de alimentos. Este es el signo de la eficacia de la Iglesia: has vuelto a casa con un deseo mayor de no perderte lo que habías vivido ese día tan especial. Nos corresponde tanto que deseamos que este dinamismo se introduzca en toda la vida. Poco a poco, partiendo de los testimonios de las personas, veremos cómo responder a la pregunta: ¿qué camino hay que recorrer para que esto se convierta en realidad? ¿Cómo podemos ayudarnos para que esto se vuelva algo real? De hecho, muchas veces encontramos en nosotros un deseo de unidad que no se realiza, nuestra vida está como en compartimentos estancos.

Estas últimas semanas me han costado bastante; entre clases, laboratorios y otros compromisos previos, siempre viviendo a la carrera. Incluso cuando consigo pararme un momento, por ejemplo para comer con mis amigos, tengo siempre que mirar de

rejojo el reloj para no llegar tarde al siguiente compromiso. Al vivir siempre a la carrera, con frecuencia me parece que me pierdo entre las cosas que tengo que hacer, sin tener un momento para respirar, para mirarme, para preguntarme cómo estoy. El resultado es que todo se vuelve pesado (también porque, con el paso de la semana, el cansancio se acumula), aunque, por separado, las cosas que hago me gustan: asisto a cursos interesantes, me gusta estar en el laboratorio, me interesa seguir el trabajo con los representantes de los estudiantes de mi facultad y los CP. Por eso percibía esta cuestión de la unidad como dirigida a mí. Las palabras de Giussani describen una forma de vivir que ahora mismo no veo en mí, pero que deseo mucho. Me parece que vivo todo como en compartimentos estancos, me cuesta encontrar un punto que una todo, también porque las cosas que hago son muy distintas entre ellas. ¿Cómo se puede experimentar en las cosas de todos los días la unidad de la que habla el texto? Comprendo que para empezar a intuir una respuesta es necesario hacer un camino, pero justamente por eso necesito alguien a quien seguir. Me doy cuenta de que es fundamental tener un criterio claro e intuyo cuál puede ser, y sin embargo esto también me cuesta. Por la mañana a lo mejor rezo laudes o voy a misa, pero luego durante el día me parece que vivo en el olvido. Quería pedirte una ayuda en este punto: ¿qué significa para ti vivir esta unidad?

Antes que nada, ¿qué se ha puesto de manifiesto con claridad en todo lo que has contado? ¿Qué ha sido lo más evidente?

Que sola no soy capaz.

Que la unidad no es algo que podamos construir nosotros. Parece algo banal. Cuando la Iglesia dice que la eficacia de su propuesta se ve en la «unidad de la conciencia» (p. 294) que genera, está haciendo una promesa que corresponde a lo que tú deseas: no sabes cómo llegar a ella, pero lo deseas; no eres capaz de producirla, pero es lo que deseas. Esta conciencia es fundamental, porque entonces no hay que fustigarse, sino reconocer con sencillez que no soy capaz, que no consigo unir todos los trozos de la vida, que muchas veces me pierdo entre las cosas que tengo que hacer, y la consecuencia es la ansiedad y la angustia. ¿Qué me puede ayudar? ¿Cuál es la promesa que hace la Iglesia? ¿Cómo se empieza a vislumbrar esta unidad que hace que la vida ya no esté en compartimentos estancos? Ahora que tenemos clara la pregunta, estemos atentos a captar la respuesta en las intervenciones siguientes y cuál es el punto de partida para afrontar el problema.

Mi vida durante estos días ha sido totalmente ordinaria: casa, colegio, familia. La pregunta era: ¿cómo estoy descubriendo la unidad de conciencia? Al observarme mientras vivo, me he dado cuenta de que la memoria de Cristo se está convirtiendo en la normalidad (me ha impresionado mucho cómo habla en La conveniencia humana de la fe de la «memoria como norma» de la vida). Solo en el diálogo con la presencia de Cristo, solo si su memoria está viva en mí, puedo vivirlo todo, porque todo es ocasión para adentrarse en esta relación. Trato de poner algunos ejemplos (son hechos aparentemente insignificantes, pero que para mí han sido relevantes). Hace algunos días entré por casualidad y con prisa en un bar en el que nunca había estado. En cuanto crucé el umbral, me arrepentí: era pequeño, oscuro y sucio. En la barra había

una mujer triste y brusca. Mientras me tomaba lo que pedí pensaba: ahora voy al colegio y cuento la anécdota de este lugar horrible. Pero me detuve a mitad de este pensamiento, porque hubo otro que se impuso: pero Cristo, ¿cómo mira a estas personas? Las ama infinitamente, igual que me ama infinitamente a mí. En ese momento miré a la mujer de la barra y me di cuenta de que todavía no la había mirado a la cara. Me produjo una ternura infinita. Me descubrí queriéndola y queriendo también a las otras personas que había allí. Otro ejemplo: en el colegio tengo una alumna perezosa y un poco insolente. Durante un examen vino a hacerme una pregunta y, como de costumbre, estaba dominada por el miedo. Normalmente me habría salido tratarla con un poco de brusquedad, mientras que en aquel momento me conmoví, porque hacía días que la miraba solo por lo que no era. Y de nuevo sucedió la misma dinámica: ella es preciosa a Sus ojos, ¡y por eso es mi amiga! Entonces respondí a su pregunta animándola a trabajar, segura de que lo podía conseguir. Me miró extrañada, porque pensaba que ya no esperaba nada de ella. Y tampoco ella esperaba nada de sí misma. Por primera vez se secó las lágrimas y se puso a trabajar de verdad. Último episodio. El sábado por la mañana me despertó pronto mi hija mayor, porque la más pequeña se había tirado encima toda la taza de leche del desayuno. Eran las siete de un sábado por la mañana, me levanté (para mí es pronto por ser sábado) y por un momento percibí una extrañeza tremenda con todo. Pero como dice El sentido religioso, me volví a sorprender, después de ese instante de malestar, por las cosas, por todas las cosas: ¡mis hijas, mi cama, la leche derramada y la taza existen! Existen y Dios me las da para que en las cosas, en la vida, yo pueda reconocerle más, para que pueda apegarme más y descubra aspectos de mi persona nunca vistos, más verdaderos. ¡Y entran ganas de vivirlo todo, ya nada es extraño ni da miedo! Al contarle cosas de este estilo a mi madre, me decía que no está escrito que otro comprenda, porque puede parecer un voluntarismo último, una cierta capacidad mía. He pensado en ello y me he dado cuenta de dos cosas. En primer lugar, que quien me conoce sabe que no es así. Pero la otra cosa que esta observación me ha hecho descubrir es que, aunque uno pensase que no es verdadero, es un poco un problema suyo. Y estoy segura de lo que me está sucediendo y no necesito convencer a nadie. No es que no desee decírselo a todos (de hecho, se lo digo a todos), sino que no me veo chantajeada por el pensamiento de otros. Y esto para mí es una novedad absoluta, yo que siempre he necesitado del consenso de los demás para poder estar segura.

Hemos visto que una persona no es capaz de producir la unidad con su propio esfuerzo. ¿De dónde has partido tú para descubrir la novedad de esta unidad? Ya lo has dicho, yo solo sé lo que vosotros mismos contáis, no tengo un hilo directo con el Espíritu Santo. Porque esta noche han salido a la luz dos puntos de partida de los que dependen dos métodos distintos. El primero: tratas de conseguirlo y no lo consigues. En cambio, ¿de dónde has partido tú?

Del hecho de que el Señor me ama.

«Al observarme mientras vivo, me he dado cuenta de que la memoria de Cristo se está convirtiendo en la normalidad». ¿Os dais cuenta de la relación entre lo que dijimos en los Ejercicios de la Fraternidad sobre la familiaridad con Cristo y la vida cotidiana? Es una familiaridad que no me ahorra los retos que tengo ante mí (como han sido para ti la

mujer del bar, la alumna, tú misma, tu hija), pero que hace brotar de las entrañas la esperanza que hay en ti –por decirlo con palabras de Giussani– precisamente cuando suceden ciertas cosas. Hay algo que me precede: la memoria de Cristo, el reconocimiento de Cristo, la familiaridad con Él. De esta familiaridad que uno vive, y que no podría vivir fuera de un lugar –la Iglesia–, nace el fruto de una unidad que puede cambiar la apariencia de una cosa, de otra, de otra más. En lugar de vivir todo como si fuesen compartimentos estancos, todo nos habla de Él. El resultado es una unidad que no alcanzamos con nuestros intentos esfuerzos, sino una unidad como «una experimentada lucidez acerca del sentido de la existencia, dado que el principio a partir del cual nos juzgamos a nosotros mismos y al mundo es una Presencia única e inequívoca» (p. 294), una Presencia que impregna de tal modo la mirada que ahora ya no puedo mirar la realidad y todo lo que me sucede más que a partir de ella.

Leer este epígrafe sobre la unidad me ha supuesto mucho trabajo, y no te oculto que me ha costado mucho trabajo comprender el texto. Cada día lo releía y me parecía que comprendía algo más. Pero todavía tengo muchas preguntas. Intento resumirlas en estas dos. La primera es: ¿podrías explicarme, quizá con un ejemplo, qué significa que el criterio del cristiano frente a todo es una Persona? La respuesta se ha señalado ya de algún modo.

Un poco. Profundizaremos un poco más.

La segunda tiene que ver con el epígrafe «Unidad en el planteamiento de la vida»: en este periodo he vivido muchas dificultades, sobre todas físicas, y me ha salido casi de forma espontánea ofrecer el sufrimiento por algunas situaciones dolorosas que conocía. Cuando después leí en el texto: «Para la tradición de la Iglesia no existe [...] ningún gesto [...] que no sea un gesto responsable del universo, un gesto con valor eterno» (p. 297), hice algunas reflexiones. Por la experiencia que he vivido, estoy segura de que ni siquiera las circunstancias más difíciles son inútiles, me son dadas para mí, pero me parece que dice algo más grande, es decir, que cada gesto nuestro puede colaborar con la acción salvífico de Dios. Por eso te pregunto: ¿esto es verdad siempre, independientemente de la conciencia con la que viva o realice un cierto gesto? Y también, ¿esto es un dogma, como la Trinidad, o es algo que yo puedo verificar?

Empecemos por la primera pregunta que has hecho: «¿Podrías explicarme, quizá con un ejemplo, qué significa que el criterio del cristiano frente a todo es una Persona?». Empecemos por una persona (con minúscula), porque solo si uno lo entiende con relación a una persona (con minúscula), podrá comprenderlo –por analogía– con referencia a la Persona (con mayúscula).

Un amigo y yo fuimos a casa dos amigos que desde hacía algunas semanas habían sido padres. La pequeña había nacido el 22 de noviembre y – como se puede imaginar fácilmente– había revolucionado la vida de sus padres. Mientras íbamos todavía en coche, recibí un mensaje del padre que me decía: «Cuando lleguéis, llamadme que bajo a abriros la puerta». Nos quedamos un poco asombrados y pensamos que el telefonillo estaría estropeado. En realidad, una vez que llegamos, salió a nuestro encuentro explicándonos que la pequeña estaba durmiendo, y que por eso nos había pedido que

no llamáramos al telefonillo. Entramos en casa: reinaba un silencio impresionante. El padre fue a la cocina y empezó a vigilar el punto del asado. Yo estaba alucinado, porque cada gesto que realizaba –desde abrir el grifo (¡y no estoy bromeando!) a mover los platos en la encimera– estaba marcado por un simple hecho: la pequeña estaba el piso de arriba y dormía. ¡No había que despertarla! Llegó la madre con un rostro radiante y nos saludó. También mi amigo y yo, que éramos sus invitados, la saludamos tratando de hacer el menor ruido posible. También nosotros nos habíamos visto implicados –y este es el punto que me asombra– en este nuevo estilo de relación, en este nuevo modo de moverse, lleno de atención y disponibilidad que esa niña, por el mero hecho de existir, estaba determinando. Cada gesto individual aquella noche era el reflejo de esa relación, tan actual y contemporánea que determinaba esa atención, ese cuidado, ese estilo nuevo. No había reglas, imposiciones: ella estaba en el piso de arriba. Aunque todavía no la habíamos visto siquiera, todo, pero todo, hablaba de ella. Los ojos de esos padres, tan conmovidos y abiertos ante la aventura en la que decían que querían verificar la fidelidad de Aquel que les ha llamado; sus rostros tan alegres, signo poderoso de lo que les está sucediendo; incluso el modo con el que todos en aquella habitación poníamos los platos en la mesa para no hacer ruido. Y este es el eco del texto: no existía un aspecto particular, no existía gesto que, por pequeño y secreto que fuera, no hablase aquella noche de la presencia de la pequeña. Hasta el punto de que, de forma totalmente inesperada, ese deseo ansioso de poderla ver que existía al principio de la cena había dejado espacio a una espera cierta porque, en el fondo, nosotros ya habíamos conocido aquella niña. Toda la realidad transparentaba a esa niña. Cada acción aquella noche se explicaba a la luz del hecho de que ella estaba ahí. Mirando lo que sucedió allí, se me aclara el concepto de mérito: «No existe [...] ningún pensamiento por secreto que sea, ningún gesto por insignificante que sea, ningún acto por oculto que esté, que no sea un gesto responsable del universo», movido por «este nexo profundo con la presencia de Cristo en el mundo» (p. 298).

Te he pedido que intervinieras porque muchas veces nos complicamos la vida. En cambio, como veis, es sencillo reconocer cuando una presencia determina todos los factores de la vida: la conciencia de aquella niña que dormía en el piso de arriba bastó para determinar aquella cena. Por eso, como decíamos antes, solo si la presencia es tan familiar y está tan presente que impregna nuestra vida hasta darnos cuenta de que todo se vive en relación con ella, puede estar unido, porque en cada cosa se vive la tensión por vivir para esa presencia. Cristo no ha inventado un método distinto, la única diferencia es que ha introducido en nuestra vida una Presencia, la suya, infinitamente más poderosa que la pequeña que está durmiendo. La cuestión es si podemos vivir el día, incluso en medio de la distracción, recuperando de vez en cuando la conciencia de esa Presencia que hace que estén unidos todos los factores de la realidad, incluso aquello de lo que uno querría renegar.

Me ha impresionado mucho esta frase de la Escuela de comunidad: «En esto reside la genialidad de la visión católica de la vida. Lo divino no tiene necesidad alguna en la Iglesia de negar nada [...]: es una actitud de unidad que lo valora todo, sin escandalizarse de nada. Es decir, la Iglesia puede estar segura de que no tiene que

olvidar ni renegar de nada para mantener su coherencia» (p. 294). Estas palabras han entrado poco a poco en mí y he empezado a darme cuenta de que hay muchas, muchísimas cosas de las que yo reniego o que olvido de mí, de mi historia. Pero, al mismo tiempo, nunca ha estado tan vivo en mí el deseo de que mi vida pueda estar unida desde dentro, cuando estoy en casa haciendo mis cosas y la casa se vacía. De este modo, he empezado a mirarme y he visto muchas cosas. Yo reniego y olvido que el mal que hago y el mal que sufro me hacen mucho daño, y este es un momento grande de verificación en mi camino. He empezado a mirar cosas que hieren, relaciones que he dejado o relaciones que me han dejado, las enfermedades de algunos de mis hijos y he empezado a decirme: «Yo, al final, tengo miedo de esto, ¿y quién es capaz de ponerme nuevamente en pie?». El otro día mi hijo más pequeño, de seis años, me había traído loca todo el día y al final, exasperada, le di un cachete. Cerró los ojos, no se lo esperaba, y antes de correr hacia mí para abrazarme se arrojó en el sofá y escondió la cara en un cojín, y se quedó así durante un rato. Me llenó de ternura esa actitud de querer esconderse, este no querer ver nada. Por la noche pensé: «¡Hace exactamente como yo! También yo, frente a una herida, me retuerzo, me repliego sobre mí misma y ya no veo nada, más que el hecho de que he sido herida». En este periodo, tener el valor de mirar toda mi humanidad me permite comprender que ya hay una Presencia que me quiere unida, y todo el camino que deseo recorrer es poder volver a mirar a la cara a Aquel que me permite descansar. Un poco como hace mi hijo conmigo.

¿Qué es lo que hizo que tu hijo te buscara de nuevo?

Que yo me quedé ahí.

¡Perfecto! Es sencillo. También a nosotros nos entran ganas de huir como al niño. ¿Qué puede darnos el valor suficiente para mirar toda nuestra humanidad? ¿Qué es lo que nos hace estar unidos? Esa Presencia. Sin una Presencia como la que hemos encontrado, esta unidad ni nos la imaginamos. Y no porque no la deseemos, sino porque cuando suceden ciertas cosas no somos capaces de mirarnos con la misma ternura con la que nos mira Cristo. Esta mirada distinta no es fruto de un esfuerzo, es fruto de que participamos en una vida, la vida de la Iglesia, en donde somos mirados así, en donde se nos ha comunicado la mirada de Cristo. Esto es lo que hace posible mirar incluso las cosas más misteriosas que puedan suceder, las más dolorosas, porque nada queda excluido.

Me ha impresionado mucho la lectura de las páginas sobre la unidad, porque nos hallamos en un mundo en donde todo parece deshacerse, en donde se abren muchas divisiones dentro de la Iglesia y del mismo movimiento. He leído y releído estas páginas y me he quedado muy herida: quiero comprender qué es esta unidad con la que «brilla» la Iglesia. Esta pregunta me apremia mucho estos días, es la pregunta con la que me levanto por las mañanas. Con esta herida que tenía, participé el miércoles pasado en el funeral de un pariente mío lejano, que había muerto repentinamente. Hace años él y su mujer habían perdido a su única hija, muerta en un accidente. En aquellos tiempos eran ateos. Pero el dolor por la muerte de la hija les había abierto a caer en la cuenta de la comunidad cristiana dentro de una forma especial, la de la comunidad de frailes que atiende el Instituto Sagrada Familia de Cesano Boscone, que está al lado de su

casa. De aquella amistad nació una conversión impresionante de la mujer y luego también del marido, que decía de sí mismo: «Si no hubiese sido el Señor el que me cambiara así, nada habría podido cambiarme». ¿Qué tiene que ver esto con la cuestión de la unidad de la que he partido? Tiene que ver, en primer lugar, porque en aquella iglesia abarrotada de gente junto a la mujer, en aquellos lugares en donde en los funerales se sienten habitualmente los parientes más cercano, estaban todas las personas de la comunidad, mostrando que Cristo crea visiblemente un vínculo de unidad más fuerte que el de la carne y la sangre. Segundo: la mujer, al término de la misa, dijo algunas palabras, haciendo referencia su historia, y dijo –son palabras tuyas, no mías– que la muerte de su hija había sido para ellos «un punto de realidad que nos ha abierto a pensar en Dios». Mientras yo la escuchaba hablar, se me aclaró de repente qué significa la unidad como planteamiento de vida, porque cualquier tiempo y cualquier espacio, «invadido» por Cristo, se convierte en lugar en el que se manifiesta su cercanía, incluso el misterio de la muerte de una hija. Y esto, ¿qué me ha dicho a mí y a mi herida? Dado que la unidad la hace Dios, por tanto donde hay desunión no debo esforzarme yo por construir la unidad (y tampoco por hacer lo contrario, aumentando la división), sino que tengo que buscar el fundamento, es decir, volver a poner en el centro a Aquel que es el fundamento único de la unidad. Además me impresiona el hecho de que cuando trabajo la Escuela de comunidad con seriedad, la realidad «significa», es decir, responde. La torpeza de la realidad que no habla empieza siempre a partir de mi torpeza.

Aquí vemos cómo responde la realidad a la pregunta que muchas veces nos habremos hecho en este trabajo. ¿Cómo se ha construido la unidad de la persona después de una herida tan grande como la muerte de una hija? No han sido los padres los que han construido la unidad que tú has podido ver en ellos. La muerte de la hija ha sido este punto de la realidad que les ha abierto, y esta apertura ha hecho posible acoger una Presencia. «Si no hubiese sido el Señor el que me cambiara así, nada habría podido cambiarme», decía el padre, tan imposible es de obtener con nuestros intentos. Pero, ¿cómo ha construido el Señor esa unidad, hasta hacerla concretísimas? Lo que permite construir la unidad, hacerla surgir –lo hemos dicho al principio–, es la convivencia con la vida de la Iglesia allí donde la Iglesia es vivida auténticamente, «allí donde [...] Se vive en serio» (p. 291), en este caso esa comunidad de frailes. Es el mismo Cristo, presente en la comunidad cristiana, quien construye la unidad de la persona después de una herida tan profunda. De hecho, cuando uno se abre a Él en la comunidad cristiana, se «crea visiblemente un vínculo de unidad más fuerte que el de la carne y la sangre». Esta experiencia permite comprender la unidad como planteamiento de la vida, como decías. Y responde a una pregunta que me hacía una persona que no ha podido venir esta noche: «¿Cómo nos reponemos de los golpes que la vida nos reserva?». Lo hemos visto: uno no se repone con un intento heroico, sino sencillamente aceptando participar –«estando en remojo», como se suele decir–, en la vida de la Iglesia. Esto tiene la capacidad de cambiar y de generar unidad, de sanar las heridas, de posibilitar volver a empezar siempre, cuando uno está disponible (sin necesidad de heroicidad alguna). Si no lo hacemos, es únicamente por una falta de disponibilidad por nuestra parte, y no porque la vida de la Iglesia no tenga la eficacia para responder incluso a la muerte y a la

herida que la muerte provoca nosotros. Y así llegamos a tocar la vida cotidiana: por ejemplo, el trabajo.

Giussani afirma que el individuo con su acción, por el nexo profundo con la presencia de Cristo, es responsable del destino del mundo. En un momento dado, empieza a hablar del trabajo con términos que me han llenado de curiosidad, me han impresionado, y me daba pena no entenderlos hasta el fondo. Leo esta frase: «A medida que nos sumergimos en el gesto sacramental, nuestra humanidad se ve acompañada hacia ese momento en que el hombre estará otra vez en su lugar en el mundo, es decir, delante de Dios» (p. 301). ¿Qué significa esta frase? ¿Por qué habla incluso de los sacramentos? Lo único que se me ocurre es que también el trabajo se vuelve ocasión para estar delante de Él. Lo que a mí me pasa –de vez en cuando, no siempre– es esto: trabajar es ocasión de expresar mi persona, sin duda; cuanto más me miro en lo que hago, tanto más me doy cuenta, si soy sincero, de que al decir que sí a algo que tengo que hacer o en el disgusto por haber dicho que no, en el cuidado de un detalle o mientras trabajo, etc., vuelvo a ver un amor a lo que tengo delante, que he madurado en la pertenencia a Él. Y esto es sensacional, porque, ¿cómo se puede amar la realidad con todas esas cosas que me parecen contradicciones, injusticias, o con el peso que tiene la vida? Después Giussani sigue y habla del trabajo incluso como manifestación de la presencia de Dios a través de los milagros. Y entonces la naturaleza pasa de ser ambigua (y por tanto o algo que distrae), a algo que se convierte en «trámite». Quisiera que me ayudaras a comprender esta concepción nueva del trabajo.

En lo que preguntas, ¿qué es lo que te asombra con respecto al sacramento?

El sacramento es algo que siempre he visto un poco distante de la vida, sobre todo cuando era más joven. Con el tiempo, en realidad...

¿Y qué te resulta más cercano que el sacramento? La comunidad cristiana.

Sí.

Es la Iglesia misma la que tiene en los sacramentos la raíz de lo que encuentras en esa realidad humana concreta que tiene la capacidad de cambiarte –como dices– y de hacer vivibles incluso las contradicciones y las injusticias. En el trabajo sucede lo mismo. Si tú vives la comunidad cristiana con esa conciencia, poco a poco la forma con la que eres invadido por esta Presencia te conduce a lo que dice san Pablo: «Mi vida de ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí» (Ga 2,20). Si tú Le dejas espacio cada mañana (por ejemplo, rezando el ángelus, permitiendo a Cristo que entre en tu vida), antes o después te sorprenderás viendo que determina tu trabajo, hasta llegar a vencer la ambigüedad e impregnar el trabajo de esa novedad que ha empezado a impregnarte a ti. Tienes que esperar para verlo brotar como fruto de tu pertenencia a la Iglesia, sin tener que añadir al trabajo las definiciones que te dejarían solo más «frío». Al vivir en la comunidad cristiana –que es signo Suyo–, has empezado a ver cómo te cambia Cristo; esta experiencia llegará también a incidir en tu trabajo. Cuando lo descubras, vuelve aquí y nos lo cuentas. Esto lo que hace interesante también la cuestión del mérito.

Percibo una diferencia entre cómo habla Giussani del mérito y cómo lo entiendo yo y, en general, cómo lo propone nuestra mentalidad. Me interesa mucho el mérito, que para mí siempre coincide con estar a la altura de las situaciones. Yo «merezco» el trabajo que hago si y solo si mis lecciones (soy profesor) están a la altura de las expectativas de mi escuela y de la responsabilidad que tengo. O bien si en el trabajo con mis compañeros consigo ser incisivo y soy apreciado. Así, por otra parte, cuando cometo errores, estoy convencido de que no «merezco» lo que estoy viviendo porque debería estar a la altura, pero no lo he conseguido en una circunstancia determinada. Creo que puedo resumirlo así: para mí el valor es ser capaz, y el mérito coincide con el deber-ser. ¿Por qué para Giussani esta forma de entender el mérito es errónea? ¿Por qué el valor de cada circunstancia y el mérito deberían residir en cambio en el hecho de que Dios nos da la posibilidad de colaborar con su designio? Si fuese así, ¿no es también esto una cuestión de ser capaz y de ver si estamos a la altura o no?

¿Cuál es el valor del mérito, amigo? ¿Podemos poner algún ejemplo en el que veamos que el problema no es ser capaz, no es estar a la altura? Yo siempre he puesto algunos ejemplos. ¿Qué habría podido hacer la Virgen más importante para ti, para mí y para el mundo, que decir que sí a Cristo, es decir, al anuncio del ángel? ¿Crees que la Virgen habría podido hacer algo más importante para el mundo que pronunciar ese sí? No. ¡Este es el mérito! No salió de aquel pueblo, pero ese sí suyo coincidió con el bien del mundo. Como puedes ver, el mérito no tiene que ver con la capacidad, en el sentido de estar a la altura. El valor de un gesto, su alcance, depende de su relación con la totalidad. Segundo ejemplo: ¿tú crees que Giussani habría podido hacer algo más interesante en su vida que decir que sí a Cristo? Que cada uno de nosotros se lo pregunte: ¿por qué estamos agradecidos a don Giussani? Por su sí a Cristo. Aquí se ve el mérito. Entonces, ¿qué puedes hacer tú por el mundo, de forma análoga a lo que han hecho Giussani y la Virgen?

Responder.

No estar a la altura o no; no ser capaz o no. Porque puedes ser capaz según las condiciones que se te dan o puedes no ser capaz. Puedes ser portero o presidente del gobierno, pero desde el punto de vista el mérito no cambia nada, porque no todos pueden ser jefes del gobierno, no todos tienen las características y las posibilidades de hacerlo, pero uno que vive en su pequeñez, limpiando el trasero a su hijo, está construyendo el mundo –mejor quizá que un jefe de gobierno–, si vive con la conciencia con la que vivió la Virgen. Y esto es una liberación, porque confiere dignidad a tu gesto, por muy pequeño que sea, aunque sea aparentemente banal. Todos sabemos perfectamente la gracia que ha supuesto para nosotros el sí de don Giussani. Del mismo modo, si uno te tiene como compañero de trabajo y se da cuenta de que eres un bien para él, será por el sí que has dado a Cristo. ¡Le interesará más tu sí que tu capacidad! Esto es el mérito. Y esto, como puedes ver, genera otra mentalidad. ¿Cuál es más realista, la tuya o la de don Giussani?

Me estaba preguntando precisamente a partir de qué elementos podemos decir que una u otra son verdaderas.

Esta es la cuestión. ¿Qué es lo que ha cambiado más el mundo? ¿Qué ha incidido más en el mundo, que ha contribuido más al bien del mundo? ¿El sí de la Virgen o la «capacidad» de Pilato?

Me ha impresionado mucho el modo en que se habla de la novedad, en particular en la página 296: «La vida se experimenta mucho más como novedad cuando sucede algo que se espera, que por el hecho de que haya diferencia entre un momento presente y el pasado. La novedad reside también culturalmente en el descubrimiento de que hay correspondencia, cosa que solo es posible si existe “antes” una esperanza, un deseo, una exigencia. Entonces la novedad es el cumplimiento de esa esperanza, la satisfacción de este deseo, la respuesta a esa espera. Para el cristiano la novedad no está en el cambio como tal, sino en la transformación que se opera al aplicar este principio unitario incluyente que consiste en que toda la creación “es misterio”». La última frase me resulta totalmente incomprensible, pero todo el pasaje me provoca mucho, porque para mí la novedad es en realidad mi cambio. Eso me lleva con frecuencia a medir y no a esperar; es la medida lo que me ahoga, sobre todo a mi edad, a los 63 años. Me pregunto qué deseo, qué esperanza, qué espera, qué exigencia estoy viviendo. Cuando por la noche me miro y no veo casi nada, me doy cuenta de que no vivo de un Amor. ¿Puedes ayudarme? Gracias por cómo nos ayudas a vivir.

Esta es una frase que no podemos perder, porque es muy liberadora. Muchas veces, cuando el trabajo nos ahoga, ¿qué deseamos? Cambiar de trabajo. Y cuando una circunstancia nos ahoga, ¿qué queremos? Que cambie la circunstancia. Cuando alguien nos da la plasta, ¿qué queremos? Huir de él. Pero, ¿estamos seguros de que el cambio consiste de verdad en esto? A menudo nos sorprendemos escapando de un lugar que nos ahoga para terminar en otro que nos ahoga todavía más. Es como uno que tiene una úlcera en el estómago: la lleva consigo, no basta con cambiar de restaurante para curarse. Por eso Giussani dice que la verdadera novedad no está la diferencia, en hacer cosas siempre distintas, en viajar aquí o allá. La mentalidad común espera que el cambio venga de ahí, en vez de esperarlo de la única cosa que cambia de verdad la vida: el acontecimiento de Cristo, en las circunstancias. Entonces sí, todo es distinto, porque yo puedo estar en cualquier circunstancia si dejo entrar a Cristo en ella y si Él hace suceder su presencia en mí. Esto nos permite estar en cualquier circunstancia con una vida unida, sin ahogarnos, respirando, porque su Persona presente hace distinta toda la vida, ¡toda! Al enviar a su Hijo al mundo, el Misterio le ha hecho experimentar en su encarnación esta novedad, para que nosotros pudiésemos ver que también Dios, que trasciende todo, puede suceder en un hombre. Si Cristo resucitado sucede en nosotros así, cualquier lugar será un sitio en el que se puede respirar. Porque no es el sitio lo que nos hace respirar, sino Aquel que sucede en nosotros vivamos donde vivamos.

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles 23 de enero a las 21 horas. Continuamos este segundo capítulo «Por el fruto se conoce el árbol» de *Por qué la Iglesia*; retomaremos la parte que habla de la santidad y del milagro: desde la página 302 a la 313.

En el sitio de CL, en la sección Escuela de comunidad, podéis encontrar los archivos de audio de las partes sobre las que estamos trabajando.

Habéis visto que cada mes *Huellas* plantea un tema principal –el Primer Plano– que ocupa gran parte de la revista. Quiere ser un modo para ayudarnos a usar la razón en una cuestión que nos parece importante en este momento histórico de la vida del movimiento, de la Iglesia y de la sociedad.

Entre las contribuciones que han llegado hoy para la Escuela de comunidad está esta: «Quisiera en primer lugar expresar mi agradecimiento por la revista *Huellas* del mes de noviembre, porque a través de los artículos “El descubrimiento continuo” y “El proceso que no termina” he visto documentado el fruto de la unidad del que habla la Escuela de comunidad, esa unidad de conciencia que proviene directamente de lo que Jesús nos ha revelado de su ser y de lo que nos ha pedido como participación en su presencia, esa sencillez unificadora a la hora de percibir, sentir y juzgar la existencia que, al entrar en contacto con las cosas, los acontecimientos y los hombres, tiende orgánicamente a comprenderlos de forma abierta a todas las posibilidades y adecuada a todos los encuentros [esto es *Huellas*. Y por tanto, cuando proponemos este instrumento es para ayudarnos a tener esta mirada unitaria]. La experiencia de unidad que se pone de manifiesto en los artículos me permite vivir la misma experiencia de unidad que se funda, que es fruto de esa familiaridad con el Misterio». *Huellas* no es solo para quien no tenga nada mejor que leer, sino que es un instrumento para ampliar esa mirada que aprendemos en la Escuela de comunidad a todos los aspectos de la realidad. Es una mirada, como habéis visto, deseable; muchos desean que esta mirada unitaria alcance cada aspecto de la realidad, y *Huellas* es un intento para ayudarnos a educarla.

Al sentir como nuestra la afirmación de don Giussani que pudimos escuchar en la Jornada de apertura de curso de que el cristianismo es «un anuncio», es algo que «está vivo», «presente», «que no se puede reducir» a ningún factor cultural ni a valor ético alguno, en este número de diciembre hemos querido mostrar, documentar en los distintos artículos dónde sorprendemos esta extraña diferencia, dónde aflora esta presencia: puede ser en África o en un liceo de Miami.

En el [sitio de CL](#) está disponible el [vídeo](#) en español, subtulado en italiano, de la presentación del libro *El abrazo* que el antropólogo español [Mikel Azurmendi](#) ha escrito después de haber visitado durante dos años algunas de nuestras realidades (las caritativas, las vacaciones, los colegios, Encuentro Madrid, la Escuela de comunidad). Es impresionante escuchar cómo se asombra de las cosas que ha visto, y que nosotros muchas veces damos por descontadas, y escuchar la descripción del camino que ha tenido que hacer para comprender lo que veía. Es una introducción para mirar partiendo de la novedad cristiana. Es una gran contribución para nuestro camino que espero que no os perdáis.

En los próximos días de fiesta, intercambiaremos felicitaciones de Navidad con muchas personas en nuestras familias, con los amigos y con muchas otras personas. Os deseo que la mirada que tengamos sobre toda la realidad –realmente sobre toda– nazca de la

conciencia, en mí y en vosotros, de la dignidad que el hombre ha adquirido por el hecho de que Dios se ha hecho carne y habita entre nosotros.

Veni Sancte Spiritus

Feliz Navidad a todos.